

EL MUNDO DE LOS CROMOS

Por MARIANO RODRIGUEZ



Han muerto ya, resueltamente, en el último rincón los más recónditos cromos, los que habían superado los cataclismos de la historia contemporánea. Cada cromo muere un poco la luz del atardecer del día, vesando con el puñal del crepúsculo el corazón infantil. Ahora son viejos.

Muere, sin música fúnebre, el cromo pacientemente cuando dio lugar a las luchas de los niños y cuando se hundió en los ojos brillantes de la criatura enferma. Muere, los cromos en la cama del niño con fiebre eran un regalo recompensador a haber obedecido bien al médico. Muere en larga y lluviosa tarde del infinito lunes del 1870. Muere de cromos—el niño Juanito reina en los corazones— en la larga galería del ensueño, y el cromo más poético se desmenuza en pilas adentro en los ojos adormilados. Con ese susurro por el camino de la noche la niña impaciente que se convertía en un momento a otro iba a ser mujer.

El mundo de los cromos evoca las tardes en tonos de melancolía, la vida íntima de nuestros padres, cuando el mundo de la casa daba a la calle silenciosa. Entonces alguien sacaba de la caja laqueada de Filipinas el álbum de cromos y una guía para explicar aquel museo familiar. Las figuras eran embutidas en kimonos de crisantemos brillantes, el rostro representado por una belleza madura, las playas risueñas eran meros toldos—listas azules—, los guacamayos, las aves se posaban sobre charcas plateadas..., todo eso estaba allí en el mundo del guía que intentaba ya el ensayismo cultural de la época. Decir, el arte de salvar las cosas medio sabiéndolas, de darse un golpe ante la pregunta precisa.

*

Mientras, estaba aquel arsenal laminado, los niños esperaban el día de la resurrección. Alguno de ellos se dedicó a esperar en la onza de chocolate, acurrucados en el sofá, impregnándose del aroma. Otros—la niña cazando mariposas— ofrecía como un regalo de la inesperada primavera una tarjeta con la etiqueta de una botella de anís escarchado. Y así, así, los cromos tenía sus «¡Ahhhhh...!» prolongados cuando se cumplía su azar de ser original o cuando se cumplía la añoranza del cromo repetido, sensación insoportable, insistencia que perturbaba toda una familia.

El cromo recobra la memoria española a un tiempo. Muere, al finido, algo así como «el tiempo de los señores susurros». Muere, *Ilustración Ibérica*. Los dibujos preferidos son camaleones, polas; abejas en torno a girasoles, y rosas y espigas. Muere, las velas de Alfonso Pérez Nieva, que traen los largos paisajes de los primeros ferrocarriles internacionales, y el mundo de Valmar consagra poemas a «La dama solitaria».

Todo se convierte en drama dulce, y Salvador Dalí, por entonces:

*En el invierno de la edad, sentados
al calor de la blanca chimenea,
hallar consuelo en la quietud desea
la pareja de viejos fatigados.*

El mundo—final del XIX—está un poco así, buscando su vejez, intentando el calor del hogar. Primeras las cosas. Algún pintor elige para un cuadro un tema: «La dama solitaria» en habitaciones de papeles rameados. La imagen cluye en el primer amor. Crecen las madreselvas...

En la larga tarde del universo los cromos comen el sustento de bienhechora alegría.